

tres poemas de Pablo Ingberg, *Camino a Damasco*, Sudamericana, Buenos Aires, 1995

On Margate Sands

desertum in sola miserum se cernat harena

Nunca había entrado al cementerio de mi pueblo.
Una pared blanca en el confín del caserío, y más allá
un presentimiento indescriptible en donde nace el Aqueronte.
Volver a lo que fuimos. Otra forma de destierro
de la que volveremos raramente como fuimos.
Volver al mismo tiempo a lo que habremos de ser,
como nacer tres veces en un día.

Tal vez Circe

tejió nuestros destinos con cenizas y,
mientras volaban al viento, atravesamos el arco de triunfo
de los que triunfaron para siempre y allí están
para que las flores los festejen. Detrás del muro blanco,
a cada paso descubriéndonos, sacrificamos a los poetas metafísicos,
a la hora violeta, unas palabras de asombro
más aladas que los pájaros, y jugando a Tiresias me dijiste
que si yo cruzaba el mar y te encontraba en la isla
podría ser *exciting*. Itaca es el lugar
al que todos quisiéramos volver
para ver finalmente que después de veinte años
ya no somos los mismos. *What does it mean?*,
preguntó el ignoto Odiseo, cuya astucia fracasaba
ante el brillo volátil de Afrodita
que se tendía contra el atardecer. Literalmente
“excitante”, no confíes en la traducción,
dijo el augur cuando izabas las velas
para enfrentar el horizonte.
A quien ha sido engendrado en la llanura
se le escurre el pensamiento entre los pelos
como viento por sobre las espigas, siempre
paralelo a la tierra. La proa, escribió,
apunta hacia Itaca, pero el viento
no es aún favorable. Tierra. Una ignota campiña
donde encontrarse con el sueño, y una túnica blanca
que te trae a la vigilia. ¡Tierra! ¡¡Tierra!!,
Rodrigo de Triana decía, cuando en el confín
del sueño apareciste. Después de haber andado tantas tierras,
eras la arena aún tibia de la playa

cuando el sol nos abandona y el frío comienza a amenazarnos.
Exhausto, recostóse Odiseo en el sueño de la realidad
y empezó a escuchar palabras alejadas
de su boca ya por el cansancio. Y buscando él en el aire
la respuesta que el aire persiste en negarnos,
dijo Penny: *a penny for your thoughts*.
Y las palabras aquellas se mezclaban
con el chillido de las gaviotas, y en adagio
ascendían con los ecos del órgano
hacia la cúpula de la Catedral de Canterbury,
y resonaban tenuemente en los vitrales,
adormecidos por la noche que caía,
y no podía levantarme, y al salir
quise abrazarla tres veces y otras tantas
se esfumó como la sombra de mi madre
diciéndome en las puertas de la tumba:
“esta es la ley de los mortales mientras viven,
se abrazan a un sueño creyendo que es su esposa
y no pueden reconocerlo al despertarse”.

.....

En un grano de arena puede haber una montaña,
y en un puñado de montañas una Itaca. Sin embargo,
si crees, ignoto, haber llegado,
vuelve a tu tierra y a la casa de tu madre
y comienza a remar, mientras ella desteje
la arena en que creíste
nacer tres veces a un tiempo.

.....

¡Proverbios! Se te adhieren a la suela
como aquellas arenas de Margate
donde dejamos nuestras huellas
que una ola, implacable, habrá borrado,
mientras nos íbamos, abandonando, a cada paso,
unos granos de la arena que supimos conseguir.

A Penny for my thoughts, después de todo, wasn't cheap at all.

